EL ARQUETIPO DEL CABALLERO EN LA "CRONICA DE DON PERO NIÑO *

Desde una perspectiva histórica, el reinado de Juan II de Castilla ha sido caracterizado como un período de transición que abre las puertas y abona el terreno para la consolidación de la Monarquía llevada a cabo en la segunda mitad del siglo XV por Fernando e Isabel. Si desde el punto de vista de la gobernación del reino y la organización política y económica Castilla nos presenta un estado deplorable, con síntomas inequívocos de desintegración, abuso de poder y continuos levantamientos de la nobleza contra la autoridad real, desde un punto de vista estrictamente cultural esta época es, por el contrario, un ávido fermento para el florecimiento de la cultura, las letras y el arte [1].

En el campo de la historiografía, y siguiendo la tradición iniciada a fines del siglo anterior por Pero López de Ayala, este siglo presencia la aparición de excelentes biografías de personajes históricos. El auge inigualado de este género literario puede explicarse satisfactoriamente en el despertar de una conciencia humanística en la Península Ibérica [2]. A estos años pertenecen—entre otras—la *Crónica de don Alvaro de Luna,* de autor anónimo; los *Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo,* probablemente de Pedro de Escavias; *Generaciones y semblanzas,* de Fernán Pérez de Guzmán; *Claros varones de Castilla,* de

* Deseo expresar mi agradecimiento a la National Endowment for the Humanities por la beca que me fue concedida durante el verano de 1975 y que hizo posible la realización de este trabajo.

[1] Dos estudios ya clásicos analizan en exclusividad el desarrollo de las letras en el reinado de Juan II: MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, *Poetas de la corte de don Juan II* (Madrid: Espasa-Calpe, 1959); LE COMPTE DE PUYMAIGRE, *La cour littéraire de don Juan II* (París: Libraire Baudry, 1845).

[2] JOSÉ LUIS ROMERO, «Sobre la biografía española del siglo XV y los ideales de vida», *CHDE,* I-II (1944), págs. 115-138, ha visto el desarrollo de este género en la Península durante el siglo XV como consecuencia de la introducción de las letras italianas, y ha notado un proceso de adaptación hacia unos ideales que deben aún mucho a formas medievales de vida. Es indudable, no existe en Castilla una ruptura total con el período precedente como ocurriera en la Italia burguesa del XIV y XV, lo que hace que formas culturales o del pensamiento y vida medievales persistieran con mayor intensidad en el vivir hispánico. FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA, «La retórica en las *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán», *R. F. E.,* XXX, 1946, pág. 310, por el contrario, no atribuye una influencia primordial a las corrientes italianas, sino que observa un adelgazamiento desde las primeras obras históricas en prosa del siglo XIII, la *Crónica General,* la *General Estoria,* empresas ambiciosas en cuanto a la magnitud de la materia tratada, hasta las crónicas de hechos individuales, o de vidas de caballeros aislados, del siglo XV. Este crítico ve la profusión de la biografía en este período, como eslabón final de un largo proceso de limitación en cuanto al tema, el cual tiene su origen dentro de la misma Península dos siglos antes.

Fernando del Pulgar, y, finalmente, la obra que nos concierne en este estudio, la *Crónica de don Pero Niño,* conocida con el nombre de *El Victorial,* y cuyo autor, Gutierre Díez de Games, fue testigo presencial de las hazañas de su biografiado [3].

El número de ediciones, traducciones y comentarios críticos que esta obra ha generado pone de manifiesto el interés de su estudio [4]. Entretejida en una heterogénea combinación de elementos que pertenecen, ora al género de la biografía histórica, ora a la ficción novelesca, la vida de este héroe castellano se nos va perfilando a lo largo de su trayecto histórico por los reinados de Enrique III y Juan II, tanto en lo que respecta a su configuración física y espiritual como en lo que respecta a sus hazañas y hechos. El mismo autor al fin del largo *Proemio* define el contenido de su obra en los siguientes términos: «E fice dél este libro, que fabla de los sus hechos, e grandes aventuras a que él se puso, ansí en armas, como en amores: bien ansí como por armas fué honbre de gran bentura, ansí en amores fué muy baliente e bien notado» (45^4). Acto seguido nos da de modo expreso su estructura, dividida en tres partes claramente diferenciadas: la primera nos describe su linaje, niñez, educación, primeras armas y primer amor. La segunda parte—a partir de los veinticinco años—se centra en sus hazañas en Berbería, Francia e Inglaterra, en el segundo amor con «vna grand señora de quien fué henamorado en Françia» (45^{26}) y de su vuelta triunfal a Castilla, donde como premio a los servicios prestados a la Corona el rey le nombra caballero. La tercera y última etapa gira de modo casi exclusivo en torno a su tercer y verdadero amor con la condesa doña Beatriz, nuevos hechos gloriosos en la campaña granadina contra los moros y, finalmente, la tranquila vejez de este glorioso caballero.

Esta biografía tiene un gran valor testimonial en cuanto a numerosos hechos y acontecimientos ocurridos en la época motivo de la obra, como podría comprobarse fácilmente si se compara a otras fuentes historiográficas del período. Además, su valor es inestimable como documento vivo de costumbres, gustos, etiqueta, modos de vivir y hacer en un momento crítico en la historia cultural de Occidente [5]. Junto a toda esta información comprobable, el autor nos presenta en un mismo nivel ex-

---

[3] GUTIERRE DÍEZ DE GAMES, *Crónica de don Pero Nuño, Conde de Buelna,* edición y estudio de Juan de Mata Carriazo (Madrid: Espasa-Calpe, 1940), por la que citamos de aquí en adelante; las citas en paréntesis corresponden a la página y línea de esta edición. El estudio preliminar del profesor Juan de Mata Carriazo debe ser punto de partida de cualquier estudio sobre esta crónica.

[4] Juan de Mata Carriazo, en su estudio preliminar a la crónica, y JUAN MARICHAL, *La voluntad de estilo. Teoría e historia del ensayismo hispánico* (Barcelona: Editorial Seix Barral, 1957), páginas 51-67, dan buena cuenta de las ediciones, traducciones y estudios; a ellos remito al lector de este trabajo.

[5] El autor a menudo acentúa este sentido de veracidad que quiere dar a la narración, mencionando su participación en las hazañas de su héroe, siendo, en suma, testigo presencial de los hechos narrados.

plicaciones basadas en milagros, leyendas, relatos legendarios exóticos de origen bíblico y mitológico, digresiones de todo tipo [6]. Esta íntima fusión entre realidad y fantasía, entre hecho presenciado e imaginado, es característico en los albores de la historiografía castellana:

> «The earliest chroniclres could not entirely suppress their imagination. Historical *lacunae* were filled with original inventions or with prosified epics, which are by definition products of the imagination. It is a tragedy of historiography that the historian can never operate on a purely factual or intellectual plane: he imagines motives; he imagines conversations; he imagines what his sources neglect to tell him. To a greater or lesser degree all history merely pretends to be history» [7].

Pero dentro del alcance de este trabajo—y aun reconociendo el interés de esta crónica como narración que linda entre la observación objetiva de los hechos y la interpretación imaginativa de los mismos—, nos proponemos analizar las cualidades y atributos con los cuales el autor dota a su héroe; cuál es la imagen del caballero que de esta obra se desprende, haciendo resaltar aquellos elementos que dan a la figura del héroe una definida identidad frente al arquetipo. A menudo hemos de referirnos a la relación existente entre esta obra y los relatos novelescos en prosa; más concretamente, a los libros de caballería, de amplia propagación en el siglo XV. El ideal caballeresco que encarna la figura de este héroe, según veremos más adelante, viene dado—en cuanto a ciertos rasgos—por este segundo tipo de relato [8].

El Proemio: Manual de Caballería

El *Proemio* de *El Victorial* cumple la función de un tratado o manual teórico de lo que debe ser la caballería tal como la entiende Gutie-

---

[6] Existen numerosos ejemplos de explicaciones fantásticas, pero baste mencionar uno: Gutierre Díez de Games, al dar los antecedentes de la guerra de los Cien Años, acepta como válida la fundación de Britania por Brutus, tal como lo hiciera la mitología clásica (págs. 142 y sigs.).

[7] Bruce W. Wardropper, «Don Quixote: Story or History?», *Modern Philology*, vol. LXIII, Aug. 1965, núm. 1, pág. 4.

[8] Este aspecto ha sido señalado por casi todos los críticos que se han ocupado de *El Victorial:* Pascual de Gayangos, *Libros de caballerías* (Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1963), página LX, lo incluye entre los libros de caballerías fundados sobre la Historia de España; Madeleine Pardo, «Un épisode du *Victorial:* Biographie et élaboration romanesque», *Romania*, LXXXV, páginas 269-292, destaca el carácter novelesco de las relaciones amorosas de don Pero Nuño con la condesa doña Beatriz en los siguientes términos: «Cet épisode nous situe à cette frontière imprécise où la réalité est la digne rivale du roman. Le déroulement de ces amours évoque à chaque instant le roman de chevalerie; mieux encore: nous y trouvons tous les éléments qui constitueront cinquante ans plus tard la trame romanesque—et non sentimentale—de la *Cárcel de amor:* ambassades, entrevues, interventions de graves ecclésiastiques; manéges des envieux, accusations, défi, exil de l'amant, emprisonnement de la dame, rien n'y manque» (pág. 269); finalmente, Richard Barber, *The Knight and Chivalry* (New York: Charles Scribners and Sons, 1970), págs. 143-144, incluye esta obra como la única biografía castellana que merece ser notada en su obra, en la cual se hace un estudio profundo de la caballería en la vida y literatura a fines del medievo.

rre Díez de Games [9]. En estas primeras páginas se justifica el origen, se define la función y se enumeran las virtudes y condiciones—ya corporales, ya espirituales—del caballero ideal, para que, posteriormente, al narrarse la vida y hazañas de don Pero Niño, el lector tenga una imagen nítida, un modelo al cual pueda referirse, y de este modo cotejar el grado de acercamiento. No cabe duda de que el autor encauza su ardor panegírico dentro de unas líneas, cuyo propósito ulterior va a ser demostrar cómo el ejemplo práctico se ajusta indefectiblemente a la doctrina. En este sentido, y si exceptuamos una relativa falta de organización en cuanto a la exposición de estos principios, el *Proemio* no difiere en medida apreciable de otros manuales al uso en estas jornadas finales de la concepción caballeresca de la vida [10].

El título de la *Introducción* sintetiza el contenido del *Proemio*:

> «Este libro á nonbre el Bitorial, e fabla en él de los quatro príncipes que fueron mayores en el mundo, quién fueron, y de algunos otros brevemente, por enxenplo a los buenos caualleros e fidalgos que an de usar ofiçio de armas e arte de cauallería; trayendo a concordança de fabla de un noble cavallero, al cual fin este libro fize» [11].

Después de analizar las causas de su propia obra, «la causa material en aquesta obra es ofiçio e arte de caballería. La causa suficiente es quién la hizo. La causa formal es loar los fechos de vn buen cauallero. La causa final es prouecho» (2^1), el autor enumera las virtudes que el hombre ha de practicar; éstas no son otras que las cuatro virtudes cardinales, es decir, «prudençia, e justiçia y temperança, e fortaleza» (3^{10}). Poco después confirmará que éstas son virtudes indispensables en todo caballero:

> «El buen cauallero, ¿qué á de aver? Que sea noble. ¿Qué es noble e nobleza? Que aya corazón ordenado de virtudes. ¿De qué virtudes? De aquellas quatro que suso dixe. Estas quatro vertudes son hermanas:

---

[9] María Rosa Lida de Malkiel, *La idea de la fama en la Edad Media Castellana* (México: Fondo de Cultura Económica, 1952), pág. 232; Juan de Mata Carriazo en su *Introducción*, páginas XLII y XLVI; Juan Marichal, al mencionar la edición francesa de Circourt y Puymaigre, cita la conclusión de estos autores: para ellos no era ni más ni menos que «un cours heroïque de chevalerie», *op. cit.*, pág. 56.

[10] Entre otros, y siguiendo un orden cronológico, merecen citarse los siguientes: Raimundo Lulio, *Libro del Orden de Caballería* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1949), obra que para Richard Barber, *op. cit.*, pág. 145, es «the most famous and popular of the manuals»; Don Juan Manuel, *Libro del caballero et del escudero* (Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1952), vol. LI, páginas 234-257, quien sigue muy de cerca la exposición de Raimundo Lulio; Mosén Diego Valera, *Espejo de verdadera nobleza* (Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1959), vol. CXVI, páginas 89-116; Rodrigo de Arévalo, *Suma de la Política* (Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1959), vol. CXVI, págs. 249-309.

[11] Pedro Salinas, *Jorge Manrique o tradición y originalidad* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1970), pág. 186, al comentar las estrofas XXVII y XXVIII de las conocidas *Coplas* de Jorge Manrique—ejemplo arquetípico de la comparación de un héroe a figuras ejemplares del pasado—, dice así: «La grandeza de un varón sólo se aprecia por comparación con los paradigmas de humana excelencia comúnmente admitidos en la historia con los grandes hombres del pasado». En la galería de personajes que Gutierre Díez de Games presenta pueden hallarse, entre otros, a Salomón, Alejandro, Nabucodonosor, Julio César, Josué, David, Judas Macabeo, Godofredo de Buillón, Carlomagno, Don Rodrigo, El Cid, Fernán González, etc.

en tal guisa son liadas en vno, que el que á vna, elas todas; e el que de la vna careçe, todas las otras le fallezen. Ansí el buen cavallero vertuoso conbiene que sea cavto, e prudente, e que sea justo judicante, e que sea atenprado, e mesurado, e que sea fuerte e esforzado; e con estas que aya grand feé en Dios, e esperanza de la su gloria, e que abrá galardón del bien que hiziere, e que aya caridad e buen amor a las gentes» (40^{21}).

Acto seguido, apoyándose en una tradición de evidentes raíces medievales, enumera conocidos casos ejemplares de la antigüedad clásica, bíblica, europea y castellana, haciendo inevitable la comparación con nuestro futuro héroe. Los grandes personajes del pasado histórico, encarnando ciertas cualidades o virtudes positivas, o por el contrario, defectos, han de servir de plano referencial, de escala con la cual ha de ser medida la grandeza de don Pero Niño [11]. En un tono encomiástico se nos habla de personajes que han encarnado en la cultura occidental virtudes dignas de elogio: sabiduría, justicia, fidelidad, patriotismo, humildad, valor; otros sirven de ejemplo de aquellas condiciones que el verdadero caballero debe evitar: soberbia, curiosidad malsana, codicia y, sobre todas ellas, la lujuria. Es interesante esta preocupación del biógrafo por señalar el acabamiento, la destrucción moral de ciertos héroes —que de otra manera hubieran sido enteramente admirables—a causa de su conducta desordenada en las relaciones amorosas. El sentido se revelará más adelante cuando se relatan los amores de don Pero Niño, que, en oposición a los que aparecen descritos en la prosa novelesca de corte caballeresco, son puros en todo momento, castos, y encaminados en última instancia al sacramento del matrimonio. Esta es una peculiaridad que distingue a este tipo de literatura—la prosa histórica y doctrinal—frente a la prosa de ficción, y cuya razón de ser se halla indiscutiblemente arraigada en una concepción cristiana y trascendente de la vida, característica de la visión del hombre castellano de la época, como tendremos ocasión de ver a lo largo de este estudio.

En el tratamiento del tema de la fama puede verse aún con mayor claridad esta aserción que acabamos de formular [12]. La importancia de la fama para el caballero es indiscutible; las citas se harían interminables. Ahora bien, si nos concentramos en los capítulos VI y VII puede verse que el autor distingue—y crea un sistema de valores—entre dos tipos de fama, «dos maneras de bençer, una corporal e otra espritual» (35^{4}). La fama terrena, la perduración en la memoria de los hombres, tiene un valor relativamente insignificante si se compara a la verdadera meta que el caballero ejemplar debe alcanzar, la cual no es otra

[12] En todo lo relativo al tema de la Fama no debe perderse de vista la obra fundamental de María Rosa Lida de Malkiel, *La idea de la fama en la Edad Media Castellana, ibíd.*, págs. 232-240.

que el obtener la gracia y con ella la salvación eterna mediante sus buenas obras en este mundo: «...que en tal manera busquedes honrra e fama que non perdades el alegría durable, que es ber a Dios en la su gloria, donde biberedes sienpre por sienpre en conplido plazer» (35[12]). Posteriormente se detiene, y con cierta prolijidad nos explica:

> «Dos maneras son de vencer sobre sus enemigos. La vna es muy contraria de la otra. La vna es quando los batalladores de este siglo benzen. Llaman al muerto vençido, e al matador bençedor. En esta batalla ay lanças e espadas, e otras armas muchas, e por eso le llaman bençido, porque queda muerto. Es otra batalla la que se haze por Jesucristo. El que a esta vatalla entra no trae armas bensibles ni corporales, mas trae la cruz de Jesucristo por pendón, e la feé católica por escudo, e la santa ley de Jesucristo, que es el de su ebangelio, en el coraçón e en la boca. E con estas armas fiere e quebranta sus henemigos» (39[6]).

Estas ideas evocan en el lector los versos elegíacos de su contemporáneo Jorge Manrique, que en parecidos términos canta las hazañas de su padre:

Non se vos haga tan amarga
la batalla temerosa
qu'esperáys,
pues otra vida más larga
de la fama gloriosa
acá dexáys,
(haunqu'esta vida d'onor
tampoco non es eternal
ni verdadera);
mas, con todo, es muy mejor
que la otra temporal,
peresçedera[13].

Todo este *Proemio*—espejo de caballería en un sentido abstracto—adquiere en las páginas finales un carácter inmediato, concreto. El origen, la función, las virtudes del caballero ideal, la galería de héroes de la antigüedad, han servido de antesala a la vida de este hombre, que por derecho propio puede equipararse, si no sobrepasar, a todos los héroes que le antecedieron. De esta forma Gutierre Díez de Games dice:

> «E estos, todos grandes prínçipes, con la grand guarda de grandes poderes de gentes, hizieron muy grandes cosas de vatallas e guerra. E entre todos estos ansí leyendo e buscando, fallé vn buen cavallero, natural dey reyno de Castilla, el qual toda su vida fué en ofiçio de armas e arte de cavallería, e nunca de ál se travaxó desde su niñez. E avnque no fué tan grande en estado como los sobredichos, fué grande

[13] JORGE MANRIQUE, *Cancionero*, edición de Augusto Cortina (Madrid: Espasa-Calpe, 1966), página 106.

en virtudes. El qual nunca fué bençido de sus henemigos; él ni gente suya. E por ende fallé que hera digno mereçiente de honrra e fama cerca de aquellos que alcançaron prez e honra por armas e ofiçio de cavallería, e punaron por llegar a palma de vitoria, e porque los sus nobles hechos quedasen en escritura» (44[3]).

El caballero don Pero Niño

Una de las primeras preocupaciones de la biografía como género historiográfico en el siglo XV será la de trazar el linaje del héroe biografiado [14]. En este interés coincide fundamentalmente con las novelas de caballería que del mismo modo habrán de señalar el origen elevado (y a veces *cuasi* milagroso) de sus respectivos héroes. Siguiendo esta tónica, Gutierre Díez de Games dedica los primeros capítulos de esta primera parte al estudio de la genealogía de don Pero Niño, tomando como punto de partida la intervención y comienzo glorioso de sus antecesores en las luchas fratricidas de mediados del siglo anterior. El autor logra establecer la alcurnia del héroe, pero, sin embargo, no puede evitar reconocer que aunque en su origen los Niño pertenecían a la más alta nobleza, en estos momentos, por motivo de haberse aliado con el bando perdedor (don Pedro I el Cruel), figuraban en un tipo de nobleza que podría caracterizarse como «baja» o «venida a menos». Así dice:

> «Este quento de los reyes he traydo porque lo fallé ansí escrito de don Pero Fernández Niño, que hizo escrevir algunas cosas de las que pasaron en su tienpo. Otrosí, por mostrar el linaje de Pero Niño, de quien este libro fiçe, cómo avaxó de como ante auía seydo por la buelta de los reyes, segúnd que dicho he de suso, e diré adelante en su lugar» (61[1]).

Todas las dificultades que don Pero Niño encuentra en sus relaciones amorosas con doña Beatriz, narradas en la tercera parte, sólo pueden explicarse si se tiene en cuenta precisamente esta diferencia de nivel social; el infante don Juan, padre de doña Beatriz, se opone a la boda porque don Pero Niño pertenece a una clase nobiliaria inferior.

El Victorial no se desvía radicalmente de otros tipos de biografía de la época en donde tenían cabida de modo exclusivo clérigos y caballeros. Sin embargo, esta obra narra la vida de un personaje que—bien sea como consecuencia de los nuevos aires humanistas, o bien a un resquebrajamiento incipiente de las estructuras medievales—no debiera ser del todo

[14] Seguimos el esquema establecido por José Luis Romero, *op. cit.*, págs. 118 y sigs. Este crítico distingue tres elementos fundamentales en toda biografía: *a)* determinación del linaje; *b)* retrato físico y moral, y *c)* la exposición de los hechos cumplidos.

motivo de una biografía, dada su condición actual dentro de la estructura de la sociedad [15].

Aclarado el linaje, el cronista entra de lleno a narrar la vida de don Pero Niño, y, siguiendo un orden lógico, comienza con la educación, infancia y adolescencia.

Los capítulos en donde se relata la crianza (del XIX al XXIX) pueden ser considerados como nucleares en el sentido de que contienen en germen todos los valores que más adelante el héroe ha de mostrar en su plenitud y durante su mayoría de edad. En cierto modo nos auguran el glorioso futuro de don Pero Niño. Paralelamente, el cronista hace uso repetidas veces de este recurso narrativo, que tiene como finalidad preparar al lector para las futuras excelencias del biografiado: nos referimos al vaticinio, la visión profética, a lo que puede definirse literariamente como técnica de anticipación [16]. De entre los varios ejemplos (páginas 75^{2}, 83^{32}, 84^{26}, 85^{13}) seleccionamos uno dada su originalidad: un italiano, invitado de la familia, no puede evitar hacer un juicio sobre el futuro del niño: «Señora, sabed que este vuestro hijo que por armas á de subir a grande estado, e vsando por armas e cauallería á de ser muy famoso e muy honrado cauallero; e por ellas á de ser el mayor honbre e más honrrado que ovo jamás en su linaje» (84^{26}).

En la organización artística de la obra, el narrador se esconde de modo magistral en el período formativo de don Pero Niño tras la voz de su ayo, quien en tono mesurado aconseja, instruye y dirige al joven discípulo en la difícil tarea de cruzar el espinoso camino de la vida. Consejos, advertencias positivas y negativas se suceden ordenadamente: defender a los desamparados, no creer en agüeros, no ser codicioso, buscar las buenas compañías, practicar la castidad, amar a Dios y mantener la fidelidad al rey; al mismo tiempo le previene de los pecados de la lujuria, avaricia y soberbia [17].

Dejados atrás estos prolegómenos—el *Proemio* y la educación recibida—, ya es posible establecer el retrato físico y espiritual de don Pero Niño. El lector tiene ya frente a sí un código de conducta ideal con el cual puede parangonar al sujeto de esta historia para poder comprobar

---

[15] «Toda época de ilustración llega a reconocer 'que la cuna noble no es, por sí sola, garantía de un espíritu noble; que la nobleza consiste esencialmente en la posesión de riquezas, pero que hay una nobleza espiritual del hombre que nada tiene que ver con su nacimiento'.» V. SCHMID, *Geschichte der griechischen Literatur*, III (1940), pág. 695, citado en ERNST ROBERT CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media Latina* (México: Fondo de Cultura Económica, 1955), vol. I, página 259.

[16] WOLFGANG KAYSER, *Interpretación y análisis de la obra literaria* (Madrid: Editorial Gredos, 1954), pág. 324.

[17] Véase una organización similar de consejos en RODRIGO DE ARÉVALO, *op. cit.*, págs. 271 y siguientes.

su excelencia, su virtud. Estas descripciones detalladas aparecen en los capítulos XXX-XXXII [18].

Su participación entusiasta en los juegos cortesanos, su decidida intervención en torneos y escaramuzas, su valor, hacen que Gutierre Díez de Games nos recuerde la dedicación total del héroe desde temparana edad—tenía entonces trece años— a la caballería: «E ansí deste cauallero, que nunca en ál fué su estudio e su trauajo sinó por armas, en arte e ofiçio de cauallería» (84^{12}). En términos parecidos se expresa al final de su descripción corporal: «porque, allende del reçio querpo e muy grand fuerça que Dios le quiso dar, porque todo su estudio e cavdal non hera en ál sinó en ofiçio de armas e arte de cauallería e de gentileza» (88^{8}). Las peripecias guerreras aparecen jalonadas por su visión profunda, sus dotes de líder y organizador, y por su bravura en la batalla; en ambientes cortesanos brilla por igual su destreza en justas y torneos singulares. El rey de Castilla corona este consumado proceder caballeresco a su servicio, nombrándole caballero a la edad de veintiocho años (289^{6}), momento que señala inequívocamente el cenit de su carrera. En la vejez, sus funciones son de responsabilidad, de guía:

> «E el ofiçio que Pero Niño ovo en esta hueste del rey fué vno de los más honrrados e de mayor trauajo que en todas las huestes de los reyes suele aver, de mayor fianza ni de mayor trauajo; ca él tenía cargo de hordenar las guardas de los campos e de los herueros, e de las gentes que yvan fuera del real» (333^{35}).

Aún tendrá que intervenir el cronista en su narración para que abandone el oficio de la caballería que le «viene de natura» (218^{28}) debido a la edad:

> «Aquí dize el avtor que si pluguiese al dicho conde, que le bernía bien de no tentar más a Dios en este ofiçio de harmas en que tan luengo tiempo á usado; que él á oy setenta años, e comenzó el ofiçio de quinze años, en la primera çerca de Gijón, con el rey su señor» (347^{23}).

Un aspecto que conviene recalcar en este contexto es que, si bien el héroe reúne todas las condiciones necesarias en cuanto al ejercicio de las armas, sólo aparece una mención en cuanto al ejercicio de las letras, y ésta tiene un carácter negativo. El ayo aconseja al discípulo, «el que á de aprender e vsar arte cavallería, non conbiene despender luengo tiempo en esquela de letras» (64^{23}). Sólo algunos personajes contemporáneos de don Pero Niño son alabados en las crónicas del perío-

[18] RAIMUNDO LULIO, *op. cit.*, pág. 33, expone ordenadamente las condiciones del caballero en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma.

do por su suficiencia en las artes y las letras, y esto sólo si encajan al mismo tiempo dentro del concepto de la caballería tradicional [19].

Asociado a este concepto de la caballería, don Pero Niño condiciona su comportamiento y hazañas en el campo de batalla o en el plano amoroso de acuerdo a un estricto código de honor. Esta fama terrena —que, como habíamos mencionado en el estudio del *Proemio,* está subordinada siempre a una interpretación cristiana de ver el mundo—es un estímulo constante en la conducta del héroe [20].

En clara oposición a los protagonistas legendarios o sobrehumanos de la literatura caballeresca, *El Victorial*—adhiriéndose a una tradición que se perfila ya en las canciones de gesta—nos dibuja a un héroe cuya dimensión se mide precisamente en su humanidad, en una vitalidad que permite que el lector se identifique con él en mayor medida. Don Pero Niño sufre, siente, teme, ama y goza del mismo modo que pudiera hacerlo cualquier mortal. A esta interpretación contribuye de forma positiva la ascendencia de don Pero Niño, que mencionábamos líneas atrás: él tiene una posición en la sociedad que no se aleja apreciablemente de la que ocupa todo ciudadano medio. Don Pero Niño se enferma (109^{27}), siente temor y tiene que retirarse ante un ataque desproporcionado (116^{18}), muestra su apasionamiento en la corte del rey de Francia (224^{3}) o no encubre su desgana en una de las muchas fiestas durante su estadía invernal en Sérifontaine (239^{5}). El sentido común, la mesura de don Pero Niño, se realzan mediante la insistencia del cronista en su calidad de hombre de hechos y de pocas palabras. Es esta una filosofía de arraigo popular en la idiosincrasia castellana que recuerda al anónimo juglar del *Poema del Cid* en la figura del personaje secundario, don Pero Vermúdez, y que todavía resuena en el conocido aserto de Baltasar Gracián, «lo bueno, si breve, dos veces bueno». El ayo le aconseja, «quando oviérdes a fablar ante los honbres, primero lo pasad por la lima del seso, antes que venga a la lengua» (71^{15}); el cronista comenta, «Pero Niño, que siempre le plugo más del facer que del dezir» (239^{5}); el mismo héroe en estilo directo increpa a sus enemigos, «que dexasen las palabras, que son viçio e vso de mugeres, e que biniesen a las manos, que es la bertud e obra de los honbres; a lo qual nunca ninguno con él quiso benir (301^{4}) [21].

El patriotismo y la fidelidad a la Corona castellana es otro de los

[19] José Luis Romero, *op. cit.*, págs. 130 y 135.

[20] Sería innecesario hacer una nueva relación de estos ejemplos; remitimos al lector al estudio de María Rosa Lida de Malkiel, págs. 232-240.

[21] Entre sus contemporáneos, el anónimo autor de la *Crónica de don Alvaro de Luna,* edición de Juan de Mata Carriazo (Madrid: Espasa-Calpe, 1940), pág. 208, dice así de su héroe: «Plazíanle los honbres cuerdos e sosegados, e procurábalos para sí, e fiaba mucho dellos; de los otros, que eran livianos e fabladores, reya con ellos e dábales buena cara, e de los fechos poca parte». Fernán Pérez de Guzmán, *Generaciones y semblanzas,* edición de J. Domínguez Bordona (Madrid: Espasa-Calpe, 1965), págs. 35, 41, 44 y 53.

rasgos que el autor—unas veces de modo expreso, otras de modo indirecto—puntualiza en la motivación de la conducta de su biografiado. Todas las empresas acometidas por don Pero Niño son siempre en nombre del rey de Castilla, aunque el éxito obtenido en la mayoría de ellas hubiera podido permitirle ofrecer sus servicio a otro señor o Corona. En su descripción se dice así:

> «Hera constante e verdadero; nunca pasó la berdad a aquel con quien la pusiese. Fué siempre leal al rey; nunca fizo trato ni liga con honbre que él supiese que deseruiese al rey, ansí fuera del reyno como en el reyno. Siempre punó en defender la uoz de su rey; sienpre desamó e fué contra los deservidores de su rey» (88[24]).

Y adivinamos su satisfacción en los momentos de ser armado caballero cuando le dice al rey:

> «Señor, yo pudiera ser cavallero en otros lugares e plazas en que me yo he acaeçido, en que otros nobles honbres se armaron caballeros, segúnd la costunbre de aquellas partidas donde yo he andado; mas, señor, siempre fué mi voluntad de resçebir esta horden de caballería de vuestra mano, en la vuestra casa, por quanto yo soy fechura vuestra, e crianza de la vuestra...» (289[6]).

Presumimos una cierta intencionalidad en esta actitud y, concretamente, en el visible orgullo exteriorizado por don Pero Niño: el comportamiento de éste es presentado como un digno modelo de imitación que contrasta radicalmente con la actitud de numerosas facciones nobiliarias, cuya ambición y codicia hallan fiel exponente en la situación política de la Castilla de los siglos XIV y XV [22].

En cuanto al tratamiento de las relaciones amorosas, *El Victorial* sigue una línea muy definida, aunque revela algunos aspectos singulares que dan a esta obra una apertura hacia concepciones cuya génesis se vislumbra en el mundo de la cortesanía, con la cual parece haberse identificado en ocasiones el narrador:

> «Las aventuras de Don Pero Niño que merecen la atención de Díez de Games son no sólo las de las armas, sino también las de los amores; pero parece que en él arrancara este criterio de su contacto con formas extrañas de vida, porque Guzmán y Pulgar, que suelen consignar la predilección que sus personajes tuvieron por las mujeres, quieren con ello,

[22] En este sentido, *El Victorial,* como ha señalado JOSÉ ANTONIO MARAVALL, *El concepto de España en la Edad Media* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1954), págs. 344, 519 y 529, es un bello exponente literario en donde se van perfilando con límites más seguros la conciencia de la nación española, la cual habría de adquirir carta de soberanía a fines del siglo XV con la unión de Castilla y Aragón.

más bien, aplicar una sanción que no un elogio, acaso por la ausencia en España de una tradición de *amor cortés* como el que otras literaturas muestran en Europa»[23].

No obstante, y aun aceptando que existe un marcado aire cortesano en el tratamiento, en el juego del amor en ciertos casos—sobre todo, en su flirteo galante con la dama francesa viuda del señor Sérifontaine—, en esta crónica sólo merecen aprobación los casos de amor que entran dentro de los cauces aceptados por la Iglesia; tal parece ser la intención de Gutiérre Díez de Games, que se preocupa por presentárnoslos en esta luz.

En relación directa con la vida del protagonista—ya hemos mencionado en el estudio del *Proemio* cómo en ciertos personajes de la antigüedad la lujuria ocasionaba siempre consecuencias desastrosas—, el primer matrimonio con doña Constanza de Guevara, de corta duración, le presenta la oportunidad de definirse en cuanto al verdadero amor. En su opinión, hay tres tipos, «el primero digo amor, el segundo es dileçión, el tercero es querençia» (91[23]); este tercero—«querençia e cáritas» (95[18])—, que lleva consigo el sacrificio, el desinterés, incluso en ciertos extremos, la misma muerte, era el que don Pero Niño inspiró en su primera esposa.

En cuanto a su enamoramiento con la dama de Sérifontaine (capítulos LXXXII y sigs.), aunque el lector suspicaz pudiera considerar inevitable la existencia de relaciones previas al matrimonio, la realidad es que en ningún momento podría respaldarse esa intuición con pruebas concretas en el texto. En verdad, don Pero Niño mantiene su promesa de matrimonio, y sólo la distancia y sus ocupaciones guerreras le impiden cumplir sus intenciones originales. Ante la imposibilidad, don Pero Niño se despide caballerosamente:

> «Por lo qual non se le fizo de yr a Franzia, e enbióse despedir de madama la Almiralla. E por quanto él no podía yr allá, hera grand razón que tan gran señora non estubiese so tal fuzia como fasta allí avía estado, segúnd los tratos que suso vos he contado...» (298[30]).

Más tarde, cuando ya corteja a quien acabaría siendo su segunda esposa, el autor puntualiza:

> «En este tiempo que vos agora digo, hera ya despedido Pero Niño de madama el Almiralla de Franzia, la gran señora que vos ante conté que él amó quando fué en Franzia, e abíase ya enbiado despedir della, por razón de la guerra de los moros, por las condiçiones que entre ellos heran puestas, e el tiempo que ella de esperar e él auía de yr, segúnd [en blanco] poder e que él auía puesto» (302[28]).

[23] José Luis Romero, *op. cit.*, pág. 130.

Ninguna relación amorosa del protagonista es susceptible de ser condenada. Las peripecias que don Pero Niño tiene que superar para conseguir la mano de doña Beatriz [24] apuntan hacia una concepción cristiana e idealista a ultranza, y que tiene un adecuado colofón cuando el autor enjuicia la duración y su conducta anterior al matrimonio:

> «En año y medio que ella allí estuvo, la vino a ber Pero Niño, e la pudiera llebar en tres o quatro vezes que allí vino, si el quisiera; mas él nunca la quiso lebar, ni aber, sino a fin de su honrra, como después la ovo» (313[23]).

Con toda justicia, lo que verdaderamente importa no es si los hechos ocurrieron o no o si ocurrieron de tal o cual manera; el observador actual debe poner atención a cómo el narrador interpreta los hechos, y desde esta perspectiva se puede establecer que toda relación amorosa en donde hacen entrada elementos que presuponen un libre intercambio sexual, con anterioridad o fuera del sacramento del matrimonio, merecen un juicio negativo de Gutierre Díez de Games.

A todas estas facetas hay que añadir una última, la cual impregna el sentido que ha de darse a la obra en su totalidad, y que del mismo modo condiciona las ya estudiadas. A menudo nos hemos venido refiriendo a la acendrada concepción cristiana del narrador. La importancia capital de esta interpretación no deja lugar a dudas: la vida en este mundo es tan sólo una preparación, un paso hacia la otra, que es la verdadera. Ya hemos observado cómo se distinguía entre dos tipos de caballería: una, la del que lucha tan sólo por los bienes de la tierra; otra, la de aquel que tiene como meta ganarse con su esfuerzo la gloria; el narrador indica, desde el principio, su escala de valores. En esta dirección van encaminados los consejos del ayo, que le exhorta en los siguientes términos:

> «Ante todas cosas, conoçed a Dios, e después conosçed a vos, e después conoçed a los otros. Conoçed a Dios por feé (64[27]).
>
> ... esta es buena caballería, la mejor que ningúnd caballero puede hazer: pelear por su ley e feé, quanto más teniendo la berdad (66[19]).
>
> ... teniendo firme feé, e esperando en el galardón, las penas son dulzes. Catad que más dura es la pena ynfernal que la corporal. Esta pena ayna pasa; mas la del ynfierno para sienpre dura» (67[5]).

La Divina Providencia le guía, le protege, está siempre del lado de don Pero Niño en su calidad de buen cristiano; a la vez nuestro héroe, ante las dificultades, tiene siempre un pensamiento, una oración para

[24] Para algunos críticos este episodio tiene un marcado carácter novelesco: RICHARD BARBER, *op. cit.*, pág. 144; MADELEINE PARDO, *op. cit.*, págs. 269-292.

invocar al Ser Supremo para que le ayude a sobrellevar los obstáculos. Pero estas miras trascendentes del héroe tienen una expresión aún más bella en el saber morir, aconsejado por el ayo: «Hijo, no temades la muerte en su ser, ca es cosa tan çierta que se non puede escusar; porque con esta condiçión benimos al mundo, de nazer e de morir» (73[1]). La muerte del señor de Sérifontaine hace meditar al autor sobre la transitoriedad de todo lo terreno:

> «E si por grand biçio e abastamiento de todas las cosas pudiera vn honbre vibir e escapar de la muerte, el almirante tenía tantos como hombre non podría más tener, çerca de su estado. Mas quando el número de los meses es llegado que dize Job que Dios puso a cada vno, non tiene pré algos, ni viçios, ni riquezas, ni amigos, ni parientes» (222[25]).

La muerte es imprevisible y no hace distingos:

> «Ansí es de los omes poderosos en este mundo, e avn de los otros honbres, que piensan vibir luenga vida, e proponen muchas cosas que farán; e vienen a muerte, ansí como el ladrón, quando el otro duerme, e liébalo en el tiempo que está más seguro» (319[13]).

Conclusión

José Luis Romero, en el artículo varias veces citado, señala los puntos de contacto entre la biografía italiana del Renacimiento y la española, notando cómo esta última «posee un alto valor de testimonio de los ideales de vida vigentes en la España de entonces y, en seguida, que esos ideales difieren de aquellos otros que nos revela la italiana en los aspectos más fundamentales y profundos» [25]. En lo puramente formal—continúa este crítico—existen grandes semejanzas; ahora bien, el contenido responde a otras causas cuyo origen es netamente peninsular: «Pero, aun semejantes en el plano formal, la biografía española se aparta radicalmente de la italiana en cuanto refleja vidas españolas, provistas de valores específicos hispánicos y que, en pleno siglo XV, mantienen una significativa singularidad» [26].

El impacto que la nueva concepción burguesa imprime en las formas del vivir y del pensar en la sociedad de las ciudades-estado italianas del siglo XV no tiene, por razones harto conocidas, las mismas repercusiones en su contrapartida española. Castilla sigue aferrada a interpretaciones vitales que tienen su base en conceptos más tradicionales, religiosos y netamente medievales. Esto justifica la visión del ar-

[25] *Op. cit.*, pág. 115.
[26] *Ibid.*, pág. 115.

quetipo caballeresco en el caso concreto de don Pero Niño: el héroe de *El Victorial* hace gala de condiciones y virtudes caballerescas que pertenecen al acervo común del mundo galante y estilizado de acuerdo a los recursos de la prosa de ficción del siglo XV; pero, no obstante, estos rasgos han sido pasados por el tamiz de una noción vital de raíz exclusivamente castellana. Se podría decir que el arquetipo del caballero en *El Victorial* tiene un antecedente inmediato en el de Raimundo Lulio. Richard Barber ha caracterizado esta concepción en los siguientes términos:

> «... Llull's ideas are strictly orthodox; but he insists on a nobility of spirit, which must at very least mean that knights 'are less inclined to do evil', and at its highest means that nobility is open to those whose way of life and deeds are noble. The knight must be an example to others, and should lead a virtuous and religious life» [27].

La importancia dada a la fama ultraterrena, el concepto del amor y la interpretación religiosa de Gutierre Díez de Games hallan en este contexto una explicable justificación.

Como pensamiento final, traemos a colación las palabras de un respetado crítico que enjuicia acertamente esta diversidad evidente dentro de la unidad del arquetipo:

> «El atractivo peculiar del *ethos* caballeresco consiste justamente en esta fluctuación entre muchos ideales, en parte emparentados y en parte contradictorios. En la posibilidad de esta libre oscilación, en la facultad de moverse dentro de un mundo de bienes rico y múltiple había también, probablemente, un estímulo interno para los poetas cortesanos» [28].

ANTONIO GIMENEZ

Department of Romance Languages
Williams College
WILLIAMSTROWN, Mass. 01267
U. S. A.

[27] *Op. cit.*, pág. 146.
[28] ERNST ROBERT CURTIUS, *op. cit.*, vol. I, pág. 747.